

La pintura de Antonio Guijarro

POR ANGEL CRESPO

EL hecho de pintar obedece, según los temperamentos, a una necesidad racional —digamos científica— o a un impulso vital, llamémosle irreflexivo. De uno a otro extremo, la floración de gradaciones es casi ilimitada. De Leonardo a Goya, pasando por Rubens y por Velázquez —que no fueron capaces de comprenderse, aunque el último lo intentó— hay toda una serie de maneras distintas de enfrentarse con la creación pictórica. Hay quien nace para pintar y quien para ser pintor, de la misma manera que Van Leewenhoeck nació para investigar y Jan Swammerdam para ser investigador. Es, como acabo de expresar, cuestión de temperamento. Antonio Guijarro está marcado para los pinceles como Leeuwenhoeck lo estuvo para el microscopio. La fatalidad no es amiga de distinciones.

El pintor científico suele crear des-pacio porque sabe que llegar a un resultado absoluto, es cuestión de tiempo y de pensamiento. El pintor

intuitivo produce deprisa y como a ráfagas porque necesita justificarse ante sí mismo. El que participa de ambas cualidades pinta también deprisa, quedándole poco tiempo para contrastar el valor de su pensamiento. Por ello, Picasso no nos ha dado todavía una obra de arte elevada a una perfección formal absoluta, a pesar de ser el más gran descubridor de formas de toda la historia de la pintura. Es preciso que sus intuiciones sean desarrolladas por los demás. De ahí, Georges Braque. Pero también suele ocurrir que los intuitivos lleven sus inducciones al descubrimiento. No otra cosa significa el fenómeno Goya.

Actualmente se perfila en España la obra de una generación excepcional de pintores. Uno de ellos me decía no hace mucho, mientras me mostraba sus últimos lienzos, y antes de que yo me pronunciase, que ellos no tienen la culpa de llevar cincuenta años de retraso sobre la marcha de la pintura en el mun-

do. Las cosas, vistas desde lejos, resultan así. En cambio, un hombre que anda por París, presunta vanguardia del progreso plástico, ha hablado recientemente de desorientación. Nin Ródenas explica en un folleto aparecido hace poco cómo los nuevos pintores franceses, los que parecen llevar medio siglo de adelanto sobre los nuestros, es decir, vivir al día, están fundamentalmente desorientados. Parece que un cientifismo exagerado es el principal lastre de estos pintores. Dice Ródenas que sus teorías son más interesantes que sus pinturas. Por lo visto, han nacido para ser pintores.

Particularmente, no me cojen de nuevas estas noticias. Tanto mi experiencia directa como el haberme instruido en la conversión con pintores llegados de Francia para conocer lo nuestro, me habían dado elementos de juicio, los cuales se ven confirmados por el autor a que acabo de referirme. Estos pintores ultrapirenaicos suelen admirarse de la vocación, del oficio, que posee la nueva generación española. Oficio no demasiado científico. Yo también he visto, por otra parte, cómo un argentino educado en normas de última hora por Spilimbergo, era casi incapaz de conseguir un parecido. Parece ser, en resumen, que por ahí se ha exagerado el cientifismo, el puro pensamiento racional, y se ha hecho creer a personas nacidas para pintar que es más noble venir al mundo para ser pintor. Pero nadie puede reírse de la fatali-

dad porque hacerlo se paga muy caro.

Sí: Es posible que por ahí —y lo digo sin reticencias, ya que considero que el mismo Klee nació para pintar (a su manera)— se haya exagerado en un sentido. Se quiere justificar de antemano la pintura que va a ser hecha. Así, los científicos. Los intuitivos, que a veces no se escapan del mimetismo y en ocasiones son incapaces de él, no necesitan sino justificarse ante sí mismos. La justificación histórica viene después: Cuando debe ser. Si César lo hubiese pensado, tal vez a estas horas se hablase en París una lengua germánica. El general pudo equivocarse, pero acertó. Son las cosas del instinto. Es imposible pararse demasiado a pensar.

Los jóvenes pintores españoles entre los cuales empieza a exigir un primer puesto Antonio Guijarro, se dejan llevar ahora de una necesidad vital de crear un nuevo arte español. Como en España no se descubrió la pólvora, sino las Américas, tal vez estén estos pintores en el buen camino. Aunque, a veces, un eco traspirenaico se deje escuchar en sus exposiciones. Pero ellos no suelen estudiar su longitud de onda, sino su sentido melódico. Por lo mismo, hay que mirarlos confiadamente y entregarse de lleno a la realidad y a la esperanza de sus obras. Antonio Guijarro empieza a ser figura destacada de este grupo que, por no académico, es de múltiples facetas.

Creo haber dicho bastantes cosas sobre el pintor Antonio Guijarro.